

092. Los amigos del hogar

Un amigo muy entrañable de nuestra Emisora nos contaba lo que le ocurrió un día, “algo muy sencillo”, nos decía él, pero, por la emoción que manifestaba, adivinamos que el hecho le había dejado huella profunda en el alma. Prefiero contarlo con sus mismas palabras.

“Hube de ir a Estados Unidos y, entregado a los medios de comunicación, me hice con la mejor cámara fotográfica que encontré, y que entonces estaba de moda entre los profesionales. Al regresar a casa, me la ve un amigo, se entusiasma con ella, y yo, viendo su enorme ilusión, se la alargó con solas estas dos palabras: *-Es tuya.*

No se esperaba él una salida como ésta, y me contesta rápido y con gran energía: *- ¡No! ¡Eso, no! Yo no lo he dicho para que me la dieras. No la acepto.*

Pero yo era el más testarudo de los dos, y se la dejé allí, sin quererla ya recoger. Ante lo irremediable, me dice emocionado:

- Vale más un amigo que todo el mundo, ¿verdad?...

Era lo que yo estaba casualmente pensando: el amigo de antes, iba a ser en adelante mucho más amigo todavía. Y no me equivoqué, por de pronto...”.

Un hecho tan sencillo como éste nos lleva a hablar hoy sobre lo que significan los amigos, pero precisamente en el ámbito familiar. ¿Conviene que la familia como tal tenga amigos? ¿Y cuáles conviene que sean esos amigos? ¿Y qué hacer con los amigos que se crean en torno al hogar?...

Lo que la Biblia dice del amigo a nivel personal, lo podemos decir también a nivel de familia: *-Dichoso quien ha hallado un amigo verdadero.... El amigo fiel es un apoyo seguro; quien lo halla, ha encontrado un auténtico tesoro. Porque un amigo fiel no tiene precio y no se puede ponderar su valor. El amigo fiel es un bálsamo de vida (Eclesiástico 25,12; 6,14-16)*

Las familias no viven aisladas, sino que viven en sociedad, y por fuerza tienen que relacionarse. Esa unión que se establece entra unas y otras, ¿debe ser únicamente por necesidad material, por conveniencia social, o debe fundamentarse en otros motivos superiores?

Si se quiere una amistad grande, profunda, duradera, hay que fundamentarla en el *amor* y no precisamente en las necesidades de la vida. Cuando se está satisfecho del todo, nadie necesita de nadie, y la amistad entonces desaparece prácticamente, porque era la necesidad quien unía, y la necesidad ya no existe.

Por eso, la razón de la amistad hay que buscarla y ponerla en el amor. Somos amigos porque nos queremos. Somos amigos porque nos admiramos. Somos amigos porque nos buscamos el bien los unos para los otros. Somos amigos porque nos queremos ayudar con corazón cada vez que haya que echar una mano. Somos amigos porque tenemos el mismo ideal.

Una pareja decía de su familia amiga: *-Entre las dos casas hay tendido un puente, diseñado y construido por un arquitecto genial: Jesucristo está en medio de las dos familias, y los intereses de una y otra los ha asumido el que es tan amigo de ellos como de nosotros. Los niños juegan siempre con su amiguito Jesús, y nosotros, los mayores,*

igual comemos y nos divertimos juntos, como trabajamos en los Cursillos de Cristiandad...

Y dijo “los Cursillos”, como podía haber dicho algo diferente en su lugar: El Movimiento Familiar Cristiano, los Encuentros Matrimoniales, Los Grupos de Oración en la Renovación Carismática, las asambleas del Camino Neocatecumenal o cualquier otra actividad de la Iglesia.

Con esa palabra “Cursillos”, tan espontánea en ellos, dieron la gran razón de la amistad más profunda, que ya no es solamente humana, sino sobrenatural y de santos: la que se funda en Cristo el Señor.

Cuando hay amistad verdadera entre las familias, basada en el amor cristiano, se forma una defensa firme contra el espíritu paganizante que se está apoderando de la sociedad en muchos sectores. Puede ocurrir —y ocurre— en nuestros días lo que pasó en Inglaterra cuando la reforma protestante. Una Historia Universal muy autorizada, escribe dolorosamente:

* “Por la transformación del domingo católico en un sábado inglés, se impuso a los pobres un yugo opresor. Todo lo que la antigua Iglesia había ofrecido al pueblo en fiestas recreativas y alegres, con procesiones, romerías, representaciones dramáticas, ceremonias..., fue suprimido. No quedó otra cosa que la predicación y la liturgia leída.

“A esto se añadió la opresión ruda, hecha por el Calvinismo, de toda diversión en común, de toda recreación pública en los domingos.

“Así se cambió el carácter del pueblo inglés. Antes era conocido en toda Europa como pueblo de vigoroso humor, la alegre y divertida Inglaterra; pero desde la Reforma tomó un carácter sombrío, descontento, murrioso.

“La música y la danza, antes placeres predilectos del pueblo, desaparecieron. El rey Carlos I, con buen sentido, restauró y procuró hacer alegre el domingo” (*Weiss*, Historia Universal, Vol. XI, pág. 30)

Según este aleccionador testimonio, ¿dónde estuvo el error? Una de las causas más serias fue la falta de amistad cristiana entre las familias, fomentada antes por las fiestas populares sanas, como eran las fiestas religiosas, que las agrupaba en torno a Jesucristo y a la Virgen María, la “causa de nuestra alegría”...

La amistad es un bien llovido del Cielo. ¿Por qué no fomentarla entre las familias con verdadero sentido cristiano? Ese Jesucristo que dijo: *-Ya no les llamo criados, sino amigos* (Juan 15,15), se mete en los hogares que lo acogen, y al ser el Amigo indiscutido de cada hogar, une a las familias en una amistad que el mundo no ha sabido crear nunca, pero que en la Iglesia se ha vivido desde siempre.